

Dunas en el cielo

Diego Fortunato

DUNAS
EN EL CIELO

La esperanza



Editorial
BUENA FORTUNA
Caracas

Diego Fortunato

DIEGO FORTUNATO
Editorial Buena Fortuna
Caracas, VENEZUELA
Todos los derechos reservados
© Copyright

DUNAS EN EL CIELO-La esperanza
Copyright © 2018 by Diego Fortunato
Cubierta copyright © Viviana Fortunato
ISBN-9781728731322

Diseño y Montaje Fortunato's Center, c.a.
Printed in the USA. Charleston, SC
Primera Edición: septiembre de 2018
E-mail: diegofortunato2002@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, caracteres, incidentes y profesiones son producto de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas actuales, vivas o muertas, acontecimientos o lugares, es mera coincidencia. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y editor.

*A mis hijos...
Nunca descansen.
Sigán buscando el camino de la verdad.
Es la ruta a la paz, al amor y a Dios.*

TODO COMENZÓ UN DÍA CUANDO...

Con los ojos apuntados en el blanco cielo raso del techo y las manos detrás de la cabeza aplastando una vieja almohada, un hombre estaba recostado en la cama de su dormitorio en un apartamento ubicado en pleno corazón de Pescara, próspera ciudad turística de la región de los Abruzzos, en Italia central.

Su mente era un hervidero. La vida no se había portado muy bien con él y su familia, sin embargo no se entregaba. Luchaba por sobrevivir. Se había prometido que lo haría hasta su último suspiro. Que no desistiría jamás mientras existiese una esperanza, por tenue que esta fuese. No obstante, pese a sus promesas interiores y las que le había hecho a su esposa Sara y a sus pequeño hijos María Concetta y Marco, ese día Emmanuel estaba a punto de colapsar moral y físicamente. Una sola cosa lo mantenía aún en pie. La fe. Era la única luz que aún alumbraba su atormentado espíritu y vida llena de privaciones, tropiezos y amargos sinsabores.

Eran apenas las tres de la tarde y había acabado de regresar del diario peregrinar que lo llevaba de un lado a otro de la ciudad en busca de una oportunidad de trabajo. Durante los últimos tres meses lo único que había conseguido era un rosario de negativas, desprecios, humillaciones y portazos. No solicitaba mucho, sino apenas algunas horas de trabajo sin importar turno o día, fuesen en las mañanas, tardes o noches. Si debía ser los domingos o feriados, gustoso lo haría. Sin embargo, las respuestas siempre eran las mismas. Un rotundo y absoluto ¡no! Emmanuel tenía un problema

en el habla. Debido a un accidente de auto, sus cuerdas vocales habían sufrido una severa distrofia que le impedía pronunciar algunas palabras de forma nítida. Su hablar no era fluido y a veces costaba entender lo que decía. Aunque los organismos estales lo protegían, nadie le tenía compasión. Argüían que el cupo para discapacitados estaba completo y le cerraban la puerta en la cara. Eso era, aunque indigno, de las más decentes de las respuestas que a diario recibía. En otras, se burlaban de él. Algunas veces solapadamente. Otras de viva voz y cruelmente. Nadie se apiada de su condición. El mar de negativas que había recibido estaban a punto de desbordar las compuertas de su cerebro y espíritu.

Era equinoccio de otoño y pronto devendría el invierno y con este las penurias se multiplicarían. Sabía que si no lograba conseguir un trabajo le sería muy duro soportarlo con la exigua asistencia social del Estado, que apenas daba para alimentar a la familia.

Sin despegar los ojos del cielo raso buscaba un rayo de luz, algo, un destello que le indicase el camino a seguir, pero no lo encontraba. Se percibía acorralado y confuso y, lo peor, inmóvil. Totalmente paralizado. Era tan vivida esa sensación de impotencia que lo embargaba, que en varias oportunidades trató de pestañear pero no pudo. Estaba petrificado. Siquiera podía mover los dedos de sus manos o pies. Se aterró. Creyó que era el final. Que su cuerpo había dejado de funcionar y que estaba de cierta forma muerto. Su confusión era tal, que trató de cerrar los ojos a fin de entregarse en paz al sueño eterno, pero tampoco pudo. La parálisis parecía ser total, aunque su mente todavía funcionaba. Sin entender lo que realmente estaba sucediendo, no se le ocurrió otra cosa que ponerse a rezar mentalmente un Padre

Nuestro. Pensó que si ese era el final, al menos no lo tomaría tan de sorpresa, sino buscando el perdón y la reconciliación con Dios. Aunque las palabras de aquel texto divino y maravilloso lo aliviaban y en cierta forma daban paz a su luchada resignación, lo hizo con sobresaltos y sollozos interiores que sólo él escuchaba. Se resistía. No quería terminar de esa forma sus días dejando al desamparo a su familia. No es justo, pensaba entre frase y frase de aquel desconsolado Padre Nuestro.

De pronto una suave voz que requería su atención le hizo apartar los ojos del techo y voltear hacia el lugar de donde provenía el sonido. Había regresado. No estaba muerto. No es el fin, pensó. Todo fue una pesadilla. Quizás creyendo que estaba despierto me dormí por instantes y todo fue una ilusión de los sentidos, reflexionó en medio de un revitalizante suspiro.

La voz de Sara, quien estaba parada en la entrada de la puerta de la habitación, lo había resucitado y sacado de aquel penoso martirio.

—Tienes qué comer algo, mi amor... Sé cómo te sientes, pero debes alimentarte... Los niños ya comieron y en la mesa dejé servidas las lentejas que tanto te gustan —manifestó de forma dulce y compasiva su mujer al verlo girar los ojos hacia ella.

Por respuesta recibió una agradecida y amorosa mirada de Emmanuel, quien levantó una de sus manos, llevó dos de sus dedos a la boca y le lanzó un volado beso con tanta ternura que flotó jubiloso por el aire antes de llegar hasta donde se encontraba.

Sara buscó acercarse, pero fue contenida por la misma mano que le lanzó el beso, pero esta vez con la palma abier-

ta dirigida hacia ella. La mujer comprendió y lo dejó tranquilo.

—No dejes que se enfríen —le recordó antes de retirarse de abajo del dintel de la puerta.

Cuando Sara desapareció de su vista, Emmanuel volvió a fijar los ojos en el techo. Pese a aquel pequeño paréntesis, su mente semejaba un alocado carrusel desprendido de su eje. Giraba y giraba a velocidades insondables y no había forma de detenerlo.

Desesperado, cerró los ojos y se dejó atrapar en la nada. Aquella tenue oscuridad que encerraba su propio ser comenzó a hacerle ver las cosas más claras y sosegar sus pensamientos. Poco a poco, imbuido de un tranquilizador soplo de paz, los fue ordenando con meticulosa paciencia mientras desechaba los que más le turbaban. Eran tantos, que tuvo que jerarquizarlos según su importancia y urgencia. Llegado un momento todo volvió a unirse y encajar de forma armónica en su cerebro. La normalidad había regresado a su mente. Lanzó un largo suspiro. Se sentía triunfador y liberado.

Su dicha duró poco. Una tempestuosa furia salida de sus entrañas lo estremeció de pies a cabeza y convirtió nuevamente en caos sus pensamientos. La desesperación volvió a paralizarlo. Confundido se sintió arrastrar hacia una oscuridad perenne llena de círculos, rayas y formas que jamás había visto ni soñado, que cabalgaban desbocadas hasta los confines de su alma. A punto de desfallecer, notó como la oscuridad se iba haciendo más densa, profunda e impenetrable. Se dejó llevar. No le quedaban fuerzas para seguir luchando contra aquella turbulencia. Se entregó a ella y pronto quedó dormido.

En su rostro no se notaban signos de aquel combate interior. Más bien parecía dormir como un niño cansado luego de un arduo día de escuela. No obstante, bajo aquel panorama de aparente paz física, en su sueño seguía batallando para alcanzar el negro manto en el que estaban atrapados sus pensamientos. Daba brazadas desesperadas en un vacío repleto de aire movedizo, pero por más esfuerzos que hacía no avanzaba siquiera un soplo. Sólo nadaba en la profunda nada de un inconsciente turbado de oscuridad. Quería llegar hasta donde estaban encarcelados sus pensamientos, rasgarlo todo y librarlos. Destruir aquel nebuloso momento que opacaba su visión y sentimientos, pero no podía. El manto estaba colgado de las arrugadas manecillas de un viejo reloj de aire suspendido dentro de un aliento enrarecido que lanzaba bocanadas de oscuridad hacia su cuerpo impidiéndole adelantar. A veces el manto reía a carcajadas, otras se quejaba entristecido y gemía como una moribunda red de pescadores desprendida de un somnoliento barco y caído a los profundos abismos del mar de su sueño.

Aunque no podía avanzar en el vacío de su angustia, sus temores se fueron disipando y una placentera paz comenzó a envolverlo. Sin embargo no se entregaba. Persistía en su titánica lucha. No dejaba de batallar. Quería despejar aquella oscuridad y saber qué había más allá de las impenetrables sombras que envolvían sus pensamientos. Trataba de desgarrarlas, arañarlas, pero algo más poderoso que su propia realidad lo detenía. No lograba progresar. En un impulso supremo alargó la mano y al fin pudo perforar aquel denso manto negro. Siguió hundiéndola y palpando con sus dedos, pero más adelante no había nada. No percibía nada. Sólo un oscuro vacío. La retiró. Volvería a intentar traspasar la negra cortina que separaba la oscuridad de su sueño

una y otra vez hasta poder entrar en su esencia. Decidido, lo hizo con mayor vigor. Tampoco pudo conseguirlo. Se sentía desfallecer, pero no se resignaba. Lo intentaría una vez más, quizás la última. Su indomable espíritu de lucha no le permitía entregarse. Aspiró con fuerza. Cuando advirtió que sus pulmones estaban a punto de estallar, unió los dedos de su mano en forma de lanza y la propulsó con fuerza aún más adentro. Comenzó a tantear. Nada sólido topaban sus dedos. De pronto, aterrorizado sintió una mano que tomaba la suya. Después un fuerte tirón que lo arrancó de la cama y de la oscuridad. En segundos se vio fuera. Ahora todo brillaba y había mucha luz a su alrededor y, lo más insólito, frente a él estaba su amigo de la infancia Franco Ridolfí, quien risueño estrechaba su mano a manera de saludo.

—¿Qué haces aquí?... ¿Dónde estoy? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar a Emmanuel.

—¿Qué dices?... ¿Es qué acaso perdiste la memoria?... Esta es nuestra calle. El lugar donde nacimos —respondió mientras le soltaba la mano y con ella señalaba los alrededores.

—¡Sí, es cierto! —balbuceó al reconocer la calle, pero estaba tan desconcertado que poco faltó para que cayese desmayado en plena calle.

—¡Por favor!... Esta es Via Regina Margherita. El lugar donde nacimos y crecimos, Emmanuel. ¿Es qué acaso perdiste la memoria? —repitió al notar su estupefacción—. Es la misma Viale Dei Pini, lo que pasa es que le cambiaron el nombre... Tú sabes... Cuestiones de alcaldes y políticos —precisó a fin de recalcar sus aseveraciones y tranquilizar a su confuso amigo.

—Sí, es cierto... —musitó todavía aturdido—. Me cuesta mucho llamarla de esa forma después que estuve toda una vida diciéndole Viale Dei Pini.

—Entiendo... Veo que se te ha curado el problema del habla.

—¿Cuál?... ¿Qué?... ¡Sí!... ¡Sí!... —exclamó asombrado porque durante la conversación no se había dado cuenta que ya no se atropellaba al hablar, no tartamudeaba y podía pronunciar cada palabra con nitidez, sin hacer el menor esfuerzo.

—¡Es un milagro!... No puede ser otra cosa. Los médicos te habían dicho que nunca recuperarías el habla... ¿Qué pasó? —preguntó Ridolfi.

—¡Un milagro!... Sí, un milagro —admitió Emmanuel sin salir de su pasmo—. Tú lo dijiste...

—¿Cómo lo logaron?

—¡No sé!... Nadie sabe cómo operan los milagros —respondió sin creerse él mismo lo que había sucedido con su voz ya que segundos antes de aquel insólito encuentro hablaba confuso y sin poder completar algunas frases y palabras.

—Quizás algún médico del exterior —indagó curioso su amigo de la juventud—. ¿Cuándo regresaste?

—¿Regresar?... No te entiendo...

—Fue durante tú viaje...

—¿Cuál viaje? —contestó perplejo Emmanuel. Se sentía acorralado al no poder manejar al mismo tiempo el asunto de la recuperación y la metralleta de interrogantes que le lanzaba Ridolfi.

—¿No estuviste de viaje?... ¿No saliste al exterior?... —repitió también confuso su amigo.

—¡No!... Ningún viaje. No he salido de Pescara —afirmó sincero, pero turbado por la pregunta, la cual le pareció extraña—. ¿De dónde sacaste eso? —indagó más sorprendido

por haber recobrado sus condición vocal que por el asunto del supuesto viaje.

—Me habían dicho que estuviste fuera... En Suiza o algo así —manifestó Ridolfi, quien al igual que Emmanuel era un hombre de mediana estatura de pulcra piel blanca pero bronceada por el sol del *Lungomare pescarese*, aunque de ojos claros a diferencia de su amigo, quien los tenía tan castaños como su cabello.

—No... ¡Por favor! ¿Cómo podría hacerlo si estoy sin trabajo hace más de un año?... Lo sigo intentando pero no consigo nada. Todos me rechazan por mi manera de hablar...

—¿Cuál?... Si ya estás perfecto... No se te nota nada... Es más, creo que estás mejor que antes —lo animó su amigo para que insistiese en la búsqueda.

—No te alarmes, pero sucedió en el preciso momento en que te vi... No fueron los doctores sino un...

—¡Milagro!... Ya lo dijiste, hombre. La ciencia obra milagros, pero no sé porqué te empeñas en no darle méritos a los médicos.

—¡No!... No es así... Es que no entiendes...

—¿Entender, qué?

—No, nada. No te preocupes... ¿Qué hacías?... ¿Dónde ibas? —preguntó Emmanuel desviando la conversación ya que ni el mismo sabía cómo explicar lo que estaba ocurriendo y de qué manera convencerlo de que aquello aparentemente había sido una curación espontánea e inexplicable. Que segundos antes estaba tendido en la cama de su casa y al acostarse en ella aún tartamudeaba y le costaba atar de forma coherente una palabra con la otra.

—Iba al Café y después a comprar unas revistas —comunicó cordial Ridolfi.

—¿Y tú trabajo?

—Todo bien... Perfecto... Hoy es mi día libre y no tengo muchas cosas qué hacer... Si quieres, me acompañas y seguimos hablando por el camino. ¿Puedes? —indagó.

—¡Sí!... No hay problema. Tampoco tengo nada que hacer —respondió extrañado, porque su amigo siempre se quejaba de que nunca tenía un momento libre.

Los dos hombres comenzaron a caminar uno al lado del otro por la acera. Conversaban animados y alegres por el inesperado encuentro, tal como si hubiesen tenido tiempo sin verse.

Mientras avanzaban y hablaban, Emmanuel miraba con asombro a las personas con las que se cruzaba en el camino. Sus facciones eran raras. Miró hacia el otro lado de la calle y fijó los ojos en un colorido quiosco de venta de periódicos, revistas y suvenires de Pescara, la hermosa ciudad portuaria y turística llena de ensoñadoras playas, y tanto el vendedor que estaba detrás del pequeño mostrador como la gente que compraba sus artículos, eran de apariencia desteñida. Sus rostros y cuerpos eran grises y tristes, muy inusual en un lugar de playa donde siempre paseaban individuos bronceados y curtidos por el sol. Despegó la vista de aquel opaco cuadro y la dirigió hacia una joven pareja de enamorados que hablaban a la sombra de un añejo pino piñonero en la acera del frente. Su aspecto físico era igual a los del quiosco de periódicos. Sus cuerpos estaban pincelados de añil con olor a muerte. Espantado por las fantasmales imágenes, escrutó ansioso los alrededores. Todos tenían el mismo semblante mortuario, aunque sonreían y charlaban alegres y despreocupados, como si no les interesase en lo absoluto su cadavérica apariencia. Con sus dos manos se frotó ligeramente los ojos. Al terminar, los fijó en una mu-

chacha que avanzaba hacia ellos por la misma acera donde caminaba con Ridolfi. A la distancia se veía pálida, como si estuviese enferma, igual a todos los demás que había visto. Al pasar a su lado la joven lo vio con ternura. No había maldad en su expresión. Más bien reflejaban paz. Una paz matizada de clemencia y misericordia. Emmanuel le sonrió y devolvió una agraciada mirada. En ese instante por su mente cruzó un turbio pensamiento. Todos moriremos algún día, golpeó con vigor sus sienes, pero lo aceptó con serenidad. Sabía que era la ineludible realidad de la vida y que nadie podría escapar de ella. La muerte era lo único seguro que el ser humano tenía. Recordó que su abuela le decía “Disfruta del regalo de la vida porque sólo se da una vez”.

—¡Oh, cáspita! Nos pasamos. Disculpa, estaba distraído. El Café está en la acera del frente —advirtió de pronto Ridolfi y se dispuso a cruzar la calle junto a su amigo.

Una chillona corneta y el chirrido de frenos y cauchos que mordían con desespero el asfalto se escuchó aquella soleada mañana en Via Regina Margherita. Luego, un fuerte golpe. Después, un apagado silencio.

Mientras en la calle el pavimento se había convertido en una desagradable escena de conmoción y desconcierto, en la casa Sara lidiaba con sus hijos.

—¡Shuuu!... Niños, no hagan ruido. Su padre duerme. Déjenlo descansar. El pobre está muy agotado —dijo a sus chiquillos.

—¡Sí, mamá!... Jugaremos sin hacer bulla.

—Eso será difícil... Mejor vengán conmigo. Haremos una pequeña siesta y después saldremos a dar un paseo y comprar helados... ¿Les parece? —dijo mientras tomaba un plato llano de la despensa y con el cubría el que contenía las len-

tejas que había dejado servidas sobre la mesa del comedor para Emmanuel.

—Sí, mamá... Está bien —respondió Marco, el mayor de sus dos hijos, mientras María Concetta observaba lo que hacía su madre.

—Se les van a enfriar —consideró Sara—. Al menos así permanecerán protegidas —agregó bajo la atenta mirada de sus pequeños, quienes seguían cada uno de sus movimientos con los ojos bien abiertos y felices porque después de la siesta saldrían a pasear y comer helados.

Sara era una mujer como pocas. Diligente y amorosa. No tenía más pensamientos que para sus dos hijos y su amado esposo, a quien le prodigaba admiración y respeto. Su pequeña familia era su mundo y estaba agradecida por tenerla. Las pasajeras dificultades no le turbaban. Como buena cristiana sabía que la voluntad de Dios no los llevaría donde la gracia de Dios no los protegería. Para ella era suficiente. No pedía más. Debido a su fe cristiana podía ofrendar amor con desprendida devoción a todos quienes le rodeaban. Se profesaba devota y fiel creyente de las enseñanzas bíblicas y concebía que fuera de sus postulados no había nada más puro, real y verdadero. Decía que al tener a Dios en su corazón lo tenía todo y nada le faltaba y nada ni nadie podrían hacerle daño porque estaba bajo su manto y protección. Y era así. No estaba equivocada. Debido a esa férrea convicción, sus treinta años de vida transcurrieron sin problemas ni escollos. La fe era su caudal y fortuna. Consideraba que el accidente de Emmanuel y su pérdida parcial del habla era una prueba de fe y que pasara lo que pasase, nunca la disminuiría. Siquiera una amenaza de muerte inminente podría

resquebrajarla. No se consideraba una santurrón y tampoco vivía dándose golpes de pecho en una iglesia. Era una mujer moderna como cualquier otra de su generación, pero firme como acero templado en su indestructible fe. Aunque nunca se atrevía a juzgar al prójimo, muy dentro de sí estimaba a quienes lo hacían personas que necesitaban ayuda espiritual. Seres que habían desviado el camino de Dios y debían ser rescatados. Era la verdadera misión cristiana. Regresar las ovejas al redil. Las pocas veces que le embargabán pensamientos vergonzosos, se reprendía severamente por haber dejado que asaltasen su mente. Pensaba que involuntariamente estaba juzgando a sus semejantes y eso no correspondía hacerlo a ella sino a Dios.

El arrollamiento fue bestial. Milagrosamente Franco Riboldi salió sólo con leves raspaduras al ser arrastrado por el asfalto, pero Emmanuel no corrió con la misma suerte. Estaba en coma y los médicos no sabían si se recuperaría. No obstante, mientras se debatía entre la vida y la muerte, su mente seguía funcionando como si nada hubiese ocurrido. Más bien se sentía libre y feliz. Sobre todo por las imágenes de aquel paisaje mágico que se presentaba ante sus ojos en ese estado de letargo. Montañas nevadas, riscos escarpados, mansos carneros que saltaban y corrían de un lado a otro entre las empinadas rocas llenas de peligrosos y profundos abismos cuyo final no podía distinguirse debido al manto de espesa neblina que cubría el fondo. Ni en las remotas cavernas de su subconsciente podía sospechar que estaba acostado en una cama de cuidados intensivos del Hospital Central de Pescara conectado a tubos y monitores. Su consciente interno le revelaba de forma vívidamente nítida y

real que estaba disfrutando de una espléndida excursión alpina en un día soleado y no postrado en una cama de terapia intensiva y al borde de la muerte.

En la fantasía prestada por su estado agonizante, se veía caminar solo hacia la cima de una montaña. Nadie lo acompañaba, pero no le importaba. No vestía ninguna indumentaria especial, sino la misma ajustada franela blanca, blues jean y en sus pies los viejos tenis que endosaba al momento de ser atropellado. Era todo. Ningún arnés, cuerdas o piolet. Se sentía seguro y a placer en ese lugar, aunque no lograba reconocerlo. No obstante, siguió avanzando montaña arriba. El aire no estaba enrarecido, más bien era suave y agradable. Tanto que a veces olía a margaritas frescas y a jazmín. Pese a su holgada ropa tampoco sentía frío. De pronto una imagen conocida asaltó su memoria. Era la de Sara. La vio debajo de la puerta del dormitorio principal del apartamento cuando le recordaba que las lentejas estaban servidas sobre la mesa y que se la comiera antes de que se enfriasen. Consideró que ahora estaba muy lejos del plato de lentejas y que lo haría al regresar de su excursión por aquella montaña que a instantes, y por algunos perceptibles destellos, comenzaba a serle familiar, pero cuando estaba a punto de gritar su nombre, este se le escapa de la punta de la lengua. No se inquietó por aquella repentina falla de memoria. Ya vendrá, se dijo y siguió avanzando montaña arriba. El aire era fresco y agradable pese a que percibía que estaba a gran altura. Quizás a unos tres mil metros sobre el nivel del mar o más, pero siguió. No había peligro latente que presintiera al alcance de sus sentidos. Se sentía tan feliz de estar allí, que comenzó a tararear la vieja canción italiana *Mamma*, que en los años cincuenta hizo famosa Luciano Tajoli, uno de los más queridos intérpretes de melodías sentimentales

de la posguerra y que en la actualidad la seguía inmortalizando Andrea Bocelli.

Su felicidad y alegría no parecían tener límites. Aquella montaña, su aire fresco, el radiante sol y el límpido e inmaculado cielo azul que acompañaban su aventura por la montaña lo tenían hechizado.

Embriagado de paz, mientras avanzaba comenzó a silbar viejas tonadas italianas y a imitar el sonoro trinar de algunos pájaros cantores. No sentía cansancio, sino un repleto vigor. De pronto detuvo su andar. Miró hacia los lados. Luego dirigió los ojos a la cima de la escarpada montaña. Llevó sus manos a la cabeza y comenzó a frotársela. En un instante, como si hubiese descubierto el invento más grande en la historia de la humanidad, en grito interior exclamó ¡El Gran Sasso!... ¡Dios mío, cómo no pude reconocerlo antes! Era el nombre de aquella montaña y el punto más elevado de los Apeninos y su altura, aunque Emanuel en su agonizante alucinación la estimaba tan alta como el Everest, era de apenas dos mil novecientos doce metros sobre el nivel del mar.

Resuelto el problema del lugar donde se encontraba y sintiéndose familiarizado con aquella gran roca que se erguía imponente y retadora hacia un cielo lejano, siguió escalando callado. Ya no cantaba ni silbaba viejas melodías. Ahora iba pensativo. Reflexionaba sobre el porqué estaba allí sólo, alejado de sus amados hijos y de Sara, su querida esposa. Se reprendía en ahogo interior ¿Por qué los dejé solos? ¿Qué loco impulso me obligó a hacerlo?

La confusión de Emmanuel era opaca y colosal. No entendía nada. Detuvo su andar. Pensó en dar marcha atrás. No seguir avanzando hacia la cumbre. No tenía sentido alguno su descabellada aventura por el Gran Sasso, pese a

que cuando era niño pensaba en aquella gran roca como la cima del cielo y que algún día, cuando fuese grande, la conquistaría y apuntalaría en su cúspide la bandera italiana como reconocimiento a su conquista, aunque miles de excursionistas ya lo habían hecho. Pero él todavía no lo había logrado y cuando le tocase no quería pasar a la otra vida sin, al menos, haberlo intentado. ¿Por qué estoy solo? ¿Por qué no traje también a Sara y a los niños? se recriminaba una y otra vez.

Mientras decidía si regresar o seguir, comenzó a escuchar un susurro que no le era familiar. Parecía que alguien le hablaba. Volteó, pero en los contornos no había nadie. De pronto todo calló. Siguió avanzando.

El camino era pedregoso y lleno de resbaladizos precipicios cuyo fondo gris parecía unirse en enamorado beso con la traviesa neblina. Con cada paso que daba el silencio comenzó a hacerse impenetrable. No se escuchaba nada. Si quiera el trinar de los pájaros o el croar de alguna trasnochada rana que al amanecer se habías extraviado entre las rocas.

La mudez del espacio no lo inmutó. No creía en fantasmas ni en muertos aparecidos de la nada o del inframundo. Además, las pocas sombras que habían allí eran proyectadas por el reflejo del sol sobre nubes y montañas.

Su atención la tenía puesta en el sendero por donde subía. Sabía que las rocas eran traicioneras y cualquier traspié lo podría llevar a lo profundo del barranco.

De pronto se detuvo intranquilo. Alerta giró el cuerpo hacia atrás. Luego vio hacia arriba y a sus lados. No había nadie, pero el susurro había regresado y martillaba con fuerza e insistencia su cerebro. Alguien le hablaba. No era su fantasía. Lo escuchaba de forma clara.

Tomó una gran bocanada de aire. La contuvo en sus pulmones a fin de que siquiera el sonido de su respiración perturbase lo que había oído momentos antes si volvía a repetirse. Cuando ya no podía retenerlo más, escuchó los pensamientos del viento. Incluso pudo leer algunas de sus palabras. Creyó estar alucinando. Que la altura había afectado sus sentidos, pero no. Era real, tan real como su propio cuerpo. Y no sólo los escuchaba, sino que también sentía el irrefrenable impulso de seguirlos porque lo seducían tentadoramente. El viento lo invitaba a ver el maravilloso paisaje que había más allá de la cima, después de remontar unos círculos de niebla invisibles que subían en espiral y conducían más allá de la palabra pensada y la verdad infinita hacia un universo lleno de esperanza.

Es hermoso, pero no iré, se dijo. Regresaré, decidió desde un pensamiento que ya no le pertenecía.

Cuando se dispuso dar vuelta atrás, casi se va de bruces al escuchar otra vez dentro de su mente la voz del pensamiento del viento. *No tienes opción. Debes ir*, le oyó sugerir. Más que una invitación, aquellas palabras pensadas por el viento se tradujeron en su mente como una orden terminante. Esperó. Quería saber más. Entender. Pero cada una de las letras de aquel pensamiento desvaneció de su cerebro y solo quedó la nada. Todo se había esfumado.

Resignado, decidió seguir adelante. No tanto para acatar aquel mandato surgido de la nada, sino para coronar su sueño. Conquistar la cima del Gran Sasso. A sus treinta y tres años, al fin podría cumplir lo que siempre deseó en su niñez.

Después de otras tres largas horas de estar subiendo por la gran roca y surcar por peligrosos senderos salpicados de nieve y peligro, Emmanuel ganó la cumbre del Gran Sasso.

Desde arriba todo se veía majestuoso e imponente. Era como tener una corona de reyes sobre la cabeza sin serlo. Haber logrado una hazaña que solo al viento le estaba permitido era motivo de orgullo. A lo lejos escuchaba los fuertes y victoriosos aplausos que la fantasía prestada prodigaba a su vanidad.

Emmanuel consultó el reloj pulsera que le había regalado Sara el día de su tercer aniversario de bodas y del que se desprendía de su muñeca izquierda sólo cuando se duchaba, y con extrañeza vio que marcaba las nueve en punto de la mañana. Recordó que a esa hora de ese mismo día estuvo buscando trabajo y que cuando regresó a su casa y se tendió vestido en la cama para reposar un poco, faltaban sólo algunos minutos para las tres de la tarde. Quizás se descompuso. Los de buena marca también se dañan, pensó.

Estando de pie, inmóvil como un soldado en guardia, en la cima nevada de la gran roca sus ojos lo condujeron hacia los hermosos valles que se veían en la lejanía. Se dejó cautivar por aquel paisaje alucinante marcado de laderas, sombras y montañas más pequeñas, pero también coronadas por penachos nevados. El silencio era turbador. Ahora siquiera soplaban las fuertes ráfagas de viento que después de corretear por las montañas vecinas se estrellaban unas contra otras como si se tratasen de carritos chocones y luego rebotaban unas hacia los lados, otras buscaban presurosas alcanzar el cielo a fin de perderse en la inmensidad y las más débiles se volcaban en caída libre nuevamente hacia las hondonadas del valle.

Después de estar un tiempo impreciso embelesado con todo aquel placentero prodigio que la naturaleza brindaba para deleite de sus ojos, dirigió sus pasos hacia una roca plana y medianamente lisa, se sentó sobre ella y dispuso a

descansar. Casi había olvidado la sugerencia de los pensamientos del viento. La silenciosa paz que impregnaba la cumbre nevada hizo que regresasen a su memoria. Suspiró y miró hacia lo alto. El cielo estaba de un azul casi virginal. Sólo unas pocas y pequeñas nubes blancas se observaban en los contornos lejanos. Ningún círculo invisible que subía en espiral rodeaba la cima del Gran Sasso. Definitivamente, haber creído que escuchó los pensamientos del viento fue una alucinación. Quizás producto del mal de altura o el cansancio, caviló. Más centrado ahora en sus pensamientos que cuando comenzó a subir, exclamó desde el fondo de su alma. ¡Qué locura!... Círculos invisibles... Qué tonto fui al creer que podría existir algo semejante, se censuró mientras una leve sonrisa de incredulidad emergía de su rostro. Estiró las piernas hacia adelante a fin de relajar un poco los músculos de las pantorrillas. En la posición que estaba anteriormente seguían algo tensos y fijó los ojos en un punto verdoso que distinguió en la distancia. Trataba de entender de qué se trataba. ¿Un refugio de montañistas o un pequeño sembradío abandonado? ¿Pero cómo? ¿Un sembradío en la montaña nevada? Es imposible, se contestaba de inmediato. Distráido con aquel acertijo donde volcó toda su agudeza visual, dejó hasta de pensar. Toda su atención estaba centrada en descifrar de qué se trataba, pero por más que le daba vueltas en su mente, la solución no surgía. No podía adivinar qué era la mancha verde que miraba a la distancia dentro de una explanada nevada situada al este de donde estaba sentado. Placenteramente abandonado a su reto mental, de pronto su rostro fue abofeteado por una fuerte ráfaga de viento helado. El impacto hizo que recogiera las piernas, las cuales tenía extendidas hacia adelante, y con sus ojos buscar el lugar de donde pudo haber surgido aquel inespe-

rado golpe de viento. Por supuesto que no lo encontró y mucho menos pudo adivinar qué pudo originarlo. En instintivo reflejo, dirigió la mirada hacia las alturas a fin de cerciorarse si todo seguía igual a cuando llegó o se avecinaba una tormenta. Pero no. Todo estaba casi idéntico a como lo vio la primera vez. El cielo seguía límpido. De un azul claro y hermoso. Las nubes blancas seguían allí y las más pequeñas corrían traviesas en busca de la protección de otras más grandes. Nada excepcional estaba sucediendo en la atmósfera. No había ningún cambio pese a que aquella helada ventisca pudo haberlo sugerido. Una sola cosa le pareció diferente y llamó su atención. Una tenue línea se transparentaba al reflejo del sol. Se le quedó mirando. Por instantes creyó verla brillar. No hizo caso. Supuso que era debido a algún destello que proyectaba la nieve y la convertía en una especie de ilusión óptica. No obstante, no le quitó la mirada de encima. No tenía más nada qué hacer y aunque la juzgó una ociosa pérdida de tiempo, siguió observando aquel resplandor. Supuso que de un momento a otro, al cambiar la trayectoria del sol sobre la montaña, desaparecería. Esperaría ese momento a fin de congratularse a sí mismo por su sabia deducción. Pero por más que esperaba con los ojos apuntados hacia el reflejo, este tercamente seguía allí y no se evaporaba. No obstante, decidió esperar a que sucediese la metamorfosis: del destello a la nada absoluta. No ocurría y estaba a punto de desistir en su empeño, cuando de pronto escuchó voces en el interior de su propia mente que afirmaban *Ése es el espiral. El inicio... ¡Avanza!* De la impresión se puso de pie de forma tan enérgica que pareció impelido por un gigantesco resorte. Como un autómatas caminó hacia la punta del reflejo. A medida que se acercaba todo se iba haciendo más perceptible y claro. Vio un peldaño trasparen-

te y encima de este otro y después uno más distante que se iba difuminando tras otro que giraba sobre un aparente eje curvo que no distinguía muy bien.

Emmanuel no era un hombre de riesgos extremos, menos un aventurero. No obstante, con el pensamiento del viento calcado en su memoria y las voces interiores que le decían que ése era el espiral, avanzó decidido hacia aquella aparente escalera trasparente que parecía subir en caracol mucho más arriba de la cima del Gran Sasso, la cual comenzaba a ser circundada por una pequeña corona de nubes. Se detuvo al ver que el primer peldaño estaba algo alejado de la cúspide, muy al borde de un profundo precipicio y para poder alcanzarlo debía dar un pequeño salto, pero si sus pies no encontraban ningún soporte saltaría al vacío y caería por el despeñadero. Sería una muerte inevitable y segura. Nada ni nadie podría salvarlo. Sólo la mano de Dios. Sopesó todas las posibilidades y los eventuales peligros. Entre sus cálculos y reflexiones se cruzó en su mente una frase bíblica que decía *todo lo puedo en aquel que me conforta*. No pensó más. No había mucho que pensar. Como hombre de profunda fe concluyó que algo o alguien divino y sobrenatural lo había llevado hasta el pico de la gran roca, hecho ver los pensamientos del viento y escuchar aquel reclamo interior que le aseveraba *Ése es el espiral... ¡Avanza!...* ¿Era verdad lo que había oído o una macabra alucinación? ¿Debía hacerlo? ¿Era posible? Si no lo era cometería un vil acto contra su propia vida. Nunca había estado en una encrucijada como esa. Amaba mucho a su familia y a su vida. Además, si no había escalones y todo era producto de su fantasía, sería condenado al fuego eterno.

Se sentía atrapado dentro de un cristal repleto de disyuntivas. Debía decidir. La fe, que lo arrastró hasta la cima de

la montaña, o su vida terrenal llena de dudas, confusiones y conflictos. ¿A cuál hacer caso? Sabía que esos dilemas sólo se les presentaban a los hombres de fe y que ésa podría ser una prueba. ¿De qué?, no lo sabía. Intuía en lo profundo de su ser que era divina y que si vencía sus miedos nada le ocurriría y su fe se vería fortalecida. ¿Para qué decir que somos hombres de fe si a la primera prueba retrocedemos cobardemente?, se recriminó con amargura. Y sin volverlo siquiera a pensar dio el salto. Milagrosamente el escalón estaba allí, tenía soporte y bastante rígido. Estuvo bamboleándose de un lado a otro en busca de recuperar el equilibrio perdido por el impulso al no calcular con precisión la distancia que había del borde del precipicio al hasta hace poco invisible escalón. Con las manos buscó sostenerse de algo para recuperar el equilibrio, pero no podía. No había nada de donde hacerlo. Ni hacia adelante, ni atrás. Menos a los lados. No había nada. Sólo aire. Todo dependía de los músculos de sus piernas y su serenidad. En instantes que le parecieron interminables porque se sentía suspendido en el aire, recuperó la vertical. Asustado y dudoso observó a su alrededor. Sólo vio montañas lejanas y nubes. Siempre estuvieron allí y allí seguían. No se atrevió a mirar hacia abajo. No quería hacerlo. Estaba aterrado. Quedó tan estático sobre el primer peldaño que cualquiera que lo hubiese podido ver en la lejanía y a través de unos binoculares, sin duda creería que se trataba de una estatua o un tempaño de hielo que prodigiosamente había tomado una graciosa forma humana. Pero no era así. Era Emmanuel, teñido de miedo y desconcierto.

Pasados algunos segundos, un instinto interior lo constriñó con tanta insistencia, que tuvo que ver hacia la profundidad del abismo que había bajo sus pies, los cuales pa-

recían suspendidos en la nada. Definitivamente, el escalón era invisible y él estaba parado sobre aire sólido. Se asustó y creyendo que más adelante habría algo de que asirse, comenzó a subir en brincos escalón tras escalón sin siquiera detenerse a verlos. Intuía que deberían estar allí. Siguió avanzando en espiral, tal como le habían dicho los pensamientos del viento que sería. Al poco tiempo ya les eran familiares y se sentía seguro hacerlo.

Entretanto, Sara y sus hijos María Concetta y Marco dormían plácidamente muy juntos uno al otro. Parecían un ovillo de ternura y amor. Sara, libre de toda maldad y pensamientos nocivos, soñaba libremente, sin sospechar nada del accidente sufrido por Emmanuel y menos que estaba postrado en una cama de cuidados intensivos en el Hospital Central de Pescara.

En su sueño sintió frío. Mucho frío. De pronto se vio escalando una montaña. Era el mismo Gran Sasso cuya cima ya había coronado Emmanuel. Aunque no sabía cómo había ido a parar tan lejos y en tan corto tiempo si momentos antes lo había dejado dormido sobre la cama del dormitorio principal. Eso no importaba mucho, menos en esos momentos. Después me explicará, pensó, y siguió subiendo la cuesta. Sólo buscaba alcanzarlo y advertirle de los peligros con que se toparía en el camino y de cómo franquearlos sin lastimarse. No obstante, por más que apuraba el paso, avanzaba muy poco y a veces nada. Siquiera un soplo. Notaba que la montaña se movía hacia adelante y la cumbre se alejaba. Estaba desesperada. Debía avisarle a su gran amor, pero el sueño se lo impedía y no la dejaba adelantar por más esfuerzo que hacía. De pronto sintió como una fuerza

extraña la zarandeaba y movía hacia un lado. Se hizo la señal de la cruz y persistió. Sabía que lo lograría. No se inmutó. Era joven, audaz y de temple decidido. Aspiró profundo, entornó sus ojos azules hacia el cielo, batió su blonda cabellera en sentido de reto y, como si estuviese nadando en lo imposible, comenzó a dar brazadas sobre la nada para traspasar aquella malévola cortina invisible hecha de aire y viento que le impedía seguir adelante. Su hermosa camisa blanca y sus ajustados pantalones de lino de pronto se vieron impregnados de una fétida inmundicia que regurgitó sobre ella un ave negra que volaba enloquecida en el pantano de su sueño. Cualquiera hubiese retrocedido. El apestoso olor era insoportable y cortaba respiración y voluntad, pero Sara siguió montaña arriba. Tenía la certeza de que Emmanuel se encontraba allí y que lograría alcanzarlo. Creía que estaba en peligro y debía hallarlo lo antes posible. Debía hacerlo. Era cuestión de vida o muerte, pero no sospechaba que su sueño pronto se convertiría en pesadilla y que su afanosa búsqueda era una ilusión. Un espejismo escapado de los sueños, aunque Emmanuel, tal como sospechaba, ciertamente estaba en la montaña.

La claridad que siempre iluminaba el Gran Sasso en equinoccio de otoño había desaparecido. Ahora se presentaba oscuro y tenebroso, como si en un parpadeo el invierno se hubiese entronizado en la montaña y apagado las luces del tiempo. No había vía clara hacia su cima, pero Sara siguió nadando sobre el aire y el viento. Aunque no avanzaba y su cuerpo estuviese bloqueado, su mente seguía alerta y decidida.

Emmanuel había progresado bastante en su ascenso por la escalera invisible en espiral. Lo hacía muy confiado y seguro. Aunque no podía observar los peldaños antes de pisarlos, sabía que estarían allí. Estaba bajo la protección del viento y sus pensamientos y si ellos le aseguraron que subiera, era garantía suficiente de que no le sucedería nada, aunque al principio albergó cierto temor y recelo.

Al llegar a un punto las escaleras fueron desapareciendo. Lo notó porque sus pies ya no percibían solidez debajo de ellos, sino algo más bien mórbido y suave. Al alzar la vista advirtió que subía sobre grandes y extensas dunas más allá de un horizonte imperturbable. Su ánimo se había multiplicado. Ahora ascendía con mayor confianza. Le gustaba estar sobre aquella especie de esponjosa alfombra hecha de nubes blancas y de aspecto casi relucientes. Sobre ellas florecían diminutos capullos de escarcha plateada que titilaban con fulgor cuando el sol las acariciaba. Estaba tan feliz de estar allí, que a veces daba cortos saltos de felicidad al vacío. Al volver sus pies sobre las dunas se encontraban con aquella agradable y masajeante sensación que elevaba su deleite a un estado de sutil éxtasis.

Siguió caminando embriagado de paz. Al llegar a un punto donde el camino se bifurcaba en dos vías, se detuvo. No sabía cuál seguir. Llevó una de sus manos a la altura del mentón y se puso a pensar. Debía tomar una decisión, pero se le presentaba difícil.

Uno de los senderos era escabroso y un poco oscuro. Tanto, que a la distancia siquiera podía distinguir las luminosas escarchas que parecían reír y cantar bajo el beso del sol. El otro, liso y con nubes en forma de jorobas muy refulgentes y sin aparente peligro, parecía descender. Dejó de acariciarse el mentón, se colocó en posición de firme, como si fuese

un militar y aspiró bastante aire en sus pulmones. Luego contuvo la respiración. Esperaba que otra vez los pensamientos del viento lo ayudasen. Les indicaran qué hacer. Por dónde seguir. Pero nada, no los veía y menos los escuchaba.

Expulsó todo el aire y volvió a aspirar. Lo intentaría de nuevo y lo seguiría haciendo hasta escuchar alguna señal. No le embargaba ningún temor, sino dudas. Quería hacer lo correcto, pero en el camino no había letrero o señal alguna, menos alguien que le indicase por dónde seguir.

Inmerso en sus cavilaciones, no se percató que a sus espaldas alguien se acercaba sigiloso y estaba casi por alcanzarlo. De pronto, un suave golpe en una de sus pantorrillas lo despojó del embeleso e indecisión. Giró el cuerpo alarmado para ver quién o qué lo había tocado y espantado dio un paso atrás.

Al fin Sara pudo deshacerse del bloqueo que la detenía. Su determinación fue más fuerte que la adversidad. Vio un resquicio en la niebla de la nada por el que se proyectaba una débil luz y hacía allá nadó sobre el aire que envolvía todo su ser. Sus brazadas ahora eran más largas y enérgicas y pese a que el muro invisible seguía allí, al menos avanzaba. A medida que lo hacía, la luz se fue agrandando y comenzó a verse más nítida y transparente. A los lejos un torrente de agua cristalina parecía fluir a través de la abertura de luz que al llegar a un borde lleno de oscuros relámpagos se precipitaba furioso y estridente por un lado del que nada podía verse o sospechar qué era.

Aquel panorama nada alentador no la inquietó. Estaba resuelta. Seguiría. Nada podría detenerla. Era una mujer de